Domingo de Ramos, De la Pasión

Año A

5 de Abril de 2020

Today's liturgy begins with a palm procession, commemorating Jesus' triumphal entry into Jerusalem. Quickly the tone of the service changes as we meditate upon Jesus' passion and death. Because this story is so central to our faith, we hear Matthew's account of the passion today and John's version on Good Friday. Though Jesus is obedient even unto death on the cross, he is exalted by God.

We *gather to remember his offering for the life of the world, and to be fed by his life-giving mercy. This holy week will culminate in the celebration of the Three Days of Jesus' suffering, death, and resurrection.*

Se les recomienda para esta celebración palmas o ramos de cualquier árbol o arbusto para que sean distribuidos con cada miembro de la familia presente

Bienvenida *(Introducción y Notas sobre la Liturgia en el Hogar)*

Nos reunimos nuevamente en Iglesia domestica con la nostalgia de no poder reunirnos físicamente con los demás hermanos en Cristo en el templo del Señor, pero el Señor que habita en todos nosotros y en todos lugares nos reúne en espíritu y verdad para formar su el Cuerpo de cristo y la Familia de Dios. Ansiando el gran dia en que nos reuniremos en el templo del Señor digamos juntos:

¡Cuán hermoso es tu santuario, Señor todopoderoso! ¡Con qué ansia y fervor deseo estar en los atrios de tu templo! ¡Con todo el corazón canto alegre al Dios de la vida!... Señor todopoderoso, ¡felices los que en ti confían! *Salmo 94:2-3; 13.*

Liturgia de las Palmas (Ramos)

Si pueden y desean ponerse de pie:

Bendito el Rey que viene en nombre del Señor.
Paz en el cielo y gloria en las alturas.

Oremos.

Asístenos misericordiosamente con tu ayuda, Señor Dios de nuestra salvación, para que entremos con júbilo a la contemplación de aquellos hechos poderosos, por medio de los cuales nos has concedido vida e inmortalidad;

por Jesucristo nuestro Señor. **Amén.**

EL EVANGELIO: San Mateo 21:1–11

El Santo Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo según San Mateo
¡Gloria a ti, Cristo Señor!

Cuando ya estaban cerca de Jerusalén y habían llegado a Betfagé, al Monte de los Olivos, Jesús envió a dos de sus discípulos, diciéndoles: —Vayan a la aldea que está enfrente. Allí encontrarán una burra atada, y un burrito con ella. Desátenla y tráiganmelos. Y si alguien les dice algo, díganle que el Señor los necesita y que en seguida los devolverá.

Esto sucedió para que se cumpliera lo que dijo el profeta, cuando escribió:

«Digan a la ciudad de Sión: "Mira, tu Rey viene a ti, humilde,
montado en un burro, en un burrito, cría de una bestia de carga."»

Los discípulos fueron e hicieron lo que Jesús les había mandado. Llevaron la burra y su cría, echaron sus capas encima de ellos, y Jesús montó. Había mucha gente. Unos tendían sus capas por el camino, y otros tendían ramas que cortaban de los árboles. Y tanto los que iban delante como los que iban detrás, gritaban: —¡Hosana al Hijo del rey David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Hosana en las alturas!

Cuando Jesús entró en Jerusalén, toda la ciudad se alborotó, y muchos preguntaban: —¿Quién es éste?

Y la gente contestaba: —Es el profeta Jesús, el de Nazaret de Galilea.

El Evangelio del Señor.
Te alabamos, Cristo Señor.

Se pueden poner las palmas/ ramos en alto

El Señor sea con ustedes.
Y también contigo.

Demos gracias a Dios nuestro Señor.
Es justo darle gracias y alabanza.

Es justo alabarte, Dios omnipotente, por los hechos de amor,
mediante los cuales nos has redimido por tu Hijo Jesucristo nuestro Señor.
En este día entró triunfalmente en la santa ciudad de Jerusalén, y fue proclamado Rey de reyes por los que extendieron sus mantos y tendieron ramas de palmera por el camino.

Haz que estos ramos sean para nosotros signo de su victoria, y concede que quienes los llevamos en su nombre le aclamemos siempre como nuestro Rey y le sigamos por el camino que conduce a la vida eterna; quien vive y reina en gloria contigo y el Espíritu Santo, ahora y por siempre. **Amén.**

A ti sea la gloria, oh Dios, que mostraste ante los ojos de todo ser humano el gran amor y la humildad de tu Hijo, Jesucristo, quien tenía todas las

condiciones humanas y se humilló hasta tomar la forma de un esclavo. Jesús se hizo obediente a ti, hasta la muerte, y muerte de cruz. Sin embargo, tú, oh Dios, le has exaltado y le has dado un nombre que esta sobre todo nombre.

Para que toda rodilla se doble en el nombre de Jesús y toda lengua confiese que él es Señor. A él, nuestro Cordero Pascual, sea todo honor, gloria, adoración y dominio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén

Oh Dios, permite que los que hemos sufrido dolores de muerte, en la fe de Jesús, en este mundo, podamos heredar las promesas de tu reino.

Todos cantamos hosanna. Todos esperamos en ti.

Escucha, Señor, el clamor de tu pueblo. Los desconsolados, los pobres, los adoloridos, abusados por poderes malignos, los ancianos, los campesinos, los encarcelados por causa de buscar justicia, los olvidados en hospitales mentales. Todos ellos han venido a cantarte hosanna.

Todos cantamos hosanna. Todos esperamos en ti.

Los que han perdido la tierra, que tú les habías dado por herencia, los que han perdido sus trabajos, los que no pueden leer, los condenados a muerte por enfermedades incurables, todos ellos han venido a cantarte hosanna.

Todos cantamos hosanna. Todos esperamos en ti.

Los que se quedaron sin casa, los que perdieron sus hijos o sus padres en temporales, guerras, enfermedades o en manos de una economía injusta o en crisis, los que han perdido sus esperanzas, todos ellos han venido a cantarte hosanna.

Todos cantamos hosanna. Todos esperamos en ti.

Tú, Señor, eres nuestra esperanza. Que venga tu reino, tu reino de amor.

Todos cantamos hosanna. Todos esperamos en ti. Amén.

COLECTA DEL DÍA

Oremos.

Dios omnipotente y eterno, en tu tierno amor hacia el género humano, enviaste a tu Hijo nuestro Salvador Jesucristo para asumir nuestra naturaleza, y padecer muerte en la cruz, mostrándonos ejemplo de su gran humildad: Concédenos, en tu misericordia, que caminemos por el sendero de su padecimiento y participemos también en su resurrección; por Jesucristo nuestro Señor, que vive y reina contigo y el Espíritu Santo, un solo Dios, por los siglos de los siglos.

Amén.

PRIMERA LECTURA: (Isaias 50: 4-9a)

Lectura del libro del profeta Isaías

El Señor me ha instruido para que yo consuele a los cansados con palabras de aliento. Todas las mañanas me hace estar atento para que escuche dócilmente. El Señor me ha dado entendimiento, y yo no me he resistido ni le he vuelto las espaldas. Ofrecí mis espaldas para que me azotaran y dejé que me arrancaran la barba. No retiré la cara de los que me insultaban y escupían. El Señor es quien me ayuda: por eso no me hieren los insultos; por eso me mantengo firme como una roca, pues sé que no quedaré en ridículo.
A mi lado está mi defensor: ¿Alguien tiene algo en mi contra?
¡Vayamos juntos ante el juez!
¿Alguien se cree con derecho a acusarme? ¡Que venga y me lo diga!
El Señor es quien me ayuda; ¿quién podrá condenarme?

Palabra del Señor.
Demos gracias a Dios.

SALMO RESPONSORIAL: (*31: 9-16)*

9 Ten misericordia de mí, oh Señor, que estoy en angustia; *
se han consumido de tristeza mis ojos,
mi garganta también y mi vientre;
10 Porque mi vida se va gastando de dolor, y mis años de suspirar; *
se agotan mis fuerzas a causa de mi aflicción,
y mis huesos se han consumido.
11 De todos mis enemigos he sido oprobio, y de mis vecinos
mucho más, y pavor a mis conocidos; *
los que me ven fuera huyen de mí.
12 He sido olvidado como un muerto, desechado de toda memoria; *
he venido a ser como un vaso quebrado.
13 Porque he oído el cuchicheo de muchos;
"por todos lados hay miedo"; *
consultan juntos contra mí; conspiran para quitarme la vida.
14 Mas yo en ti confío, oh Señor; *
dije: "Tú eres mi Dios.
15 En tu mano está mi destino; *
líbrame de la mano de mis enemigos, y de mis perseguidores.
16 Haz resplandecer tu rostro sobre tu siervo; *
sálvame por tu misericordia".

LA SEGUNDA LECTURA: (Filipenses 2: 5-11)

Lectura de la carta de San Pablo a los Filipenses

Tengan unos con otros la manera de pensar propia de quien está unido a Cristo Jesús, el cual:

Aunque existía con el mismo ser de Dios, no se aferró a su igualdad con él, sino que renunció a lo que era suyo y tomó naturaleza de siervo.

Haciéndose como todos los hombres y presentándose como un hombre cualquiera, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte,

hasta la muerte en la cruz.

Por eso Dios le dio el más alto honor y el más excelente de todos los nombres, para que, ante ese nombre concedido a Jesús,
doblen todos las rodillas en el cielo, en la tierra y debajo de la tierra,
y todos reconozcan que Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre.

Palabra del Señor.
Demos gracias a Dios.

La Pasión de Nuestro Señor Jesucristo según san Mateo:

(San Mateo 26:14–27:54)

Narrador • **63**	Pueblo • **4**	Discípulo • **2**	Sirvienta • 2
Jesús • **20**	Sacerdote/Anciano • **6**	Pilato/Caifás • **11**	Capitán • **1**
Pedro • **5**	Espectador/Testigo • **6**	Soldado • **1**	Judas • **4**

Narrador: La Pasión de Nuestro Señor Jesucristo según San Mateo.
Uno de los doce discípulos, el que se llamaba Judas Iscariote, fue a ver a los jefes de los sacerdotes y les dijo:

Judas: —¿Cuánto me quieren dar, y yo les entrego a Jesús?

Narrador: Ellos le pagaron treinta monedas de plata. Y desde entonces Judas anduvo buscando el momento más oportuno para entregarles a Jesús. El primer día de la fiesta en que se comía el pan sin levadura, los discípulos se acercaron a Jesús y le preguntaron:

Discípulo: —¿Dónde quieres que te preparemos la cena de Pascua?

Narrador: Él les contestó:

Jesús: —Vayan a la ciudad, a casa de Fulano, y díganle: "El Maestro dice: Mi hora está cerca, y voy a tu casa a celebrar la Pascua con mis discípulos."

Narrador: Los discípulos hicieron como Jesús les había mandado, y prepararon la cena de Pascua. Cuando llegó la noche, Jesús estaba a la mesa con los doce discípulos; y mientras comían, les dijo:

Jesús: —Les aseguro que uno de ustedes me va a traicionar.

Narrador: Ellos se pusieron muy tristes, y comenzaron a preguntarle uno tras otro:

Discípulo: —Señor, ¿acaso seré yo?

Narrador: Jesús les contestó:

Jesús: —Uno que moja el pan en el mismo plato que yo, va a traicionarme. El Hijo del hombre ha de recorrer el camino que dicen las Escrituras; pero ¡ay de aquel que lo traiciona! Hubiera sido mejor para él no haber nacido.

Narrador: Entonces Judas, el que lo estaba traicionando, le preguntó:

Judas: —Maestro, ¿acaso seré yo?

Jesús: —Tú lo has dicho

Narrador: —contestó Jesús. Mientras comían, Jesús tomó en sus manos el pan y, habiendo dado gracias a Dios, lo partió y se lo dio a los discípulos, diciendo:

Jesús: —Tomen y coman, esto es mi cuerpo.

Narrador: Luego tomó en sus manos una copa y, habiendo dado gracias a Dios, se la pasó a ellos, diciendo:

Jesús: —Beban todos ustedes de esta copa, porque esto es mi sangre, con la que se confirma la alianza, sangre que es derramada en favor de muchos para perdón de sus pecados. Pero les digo que no volveré a beber de este producto de la vid, hasta el día en que beba con ustedes el vino nuevo en el reino de mi Padre.

Narrador: Después de cantar los salmos, se fueron al Monte de los Olivos. Y Jesús les dijo:

Jesús: —Todos ustedes van a perder su fe en mí esta noche. Así lo dicen las Escrituras: "Mataré al pastor, y las ovejas se dispersarán." Pero cuando yo resucite, los volveré a reunir en Galilea.

Narrador: Pedro le contestó:

Pedro: —Aunque todos pierdan su fe en ti, yo no la perderé.

Narrador: Jesús le dijo:

Jesús: —Te aseguro que esta misma noche, antes que cante el gallo, me negarás tres veces.

Narrador: Pedro afirmó:

Pedro: —Aunque tenga que morir contigo, no te negaré.

Narrador: Y todos los discípulos decían lo mismo. Luego fue Jesús con sus discípulos a un lugar llamado Getsemaní, y les dijo:

Jesús: —Siéntense aquí, mientras yo voy allí a orar.

Narrador: Y se llevó a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo, y comenzó a sentirse muy triste y angustiado. Les dijo:

Jesús: —Siento en mi alma una tristeza de muerte. Quédense ustedes aquí, y permanezcan despiertos conmigo.

Narrador: En seguida Jesús se fue un poco más adelante, se inclinó hasta tocar el suelo con la frente, y oró diciendo:

Jesús: «Padre mío, si es posible, líbrame de este trago amargo; pero que no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres tú.»

Narrador: Luego volvió a donde estaban los discípulos, y los encontró

dormidos. Le dijo a Pedro:

Jesús: —¿Ni siquiera una hora pudieron ustedes mantenerse despiertos conmigo? Manténganse despiertos y oren, para que no caigan en tentación. Ustedes tienen buena voluntad, pero son débiles.

Narrador: Por segunda vez se fue, y oró así:

Jesús: «Padre mío, si no es posible evitar que yo sufra esta prueba, hágase tu voluntad.»

Narrador: Cuando volvió, encontró otra vez dormidos a los discípulos, porque sus ojos se les cerraban de sueño. Los dejó y se fue a orar por tercera vez, repitiendo las mismas palabras. Entonces regresó a donde estaban los discípulos, y les dijo:

Jesús: —¿Siguen ustedes durmiendo y descansando? Ha llegado la hora en que el Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los pecadores. Levántense, vámonos; ya se acerca el que me traiciona.

Narrador: Todavía estaba hablando Jesús, cuando Judas, uno de los doce discípulos, llegó acompañado de mucha gente armada con espadas y con palos. Iban de parte de los jefes de los sacerdotes y de los ancianos del pueblo. Judas, el traidor, les había dado una contraseña, diciéndoles: «Al que yo bese, ése es; arréstenlo.» Así que, acercándose a Jesús, dijo:

Judas: —¡Buenas noches, Maestro!

Narrador: Y lo besó. Jesús le contestó:

Jesús: —Amigo, adelante con tus planes.

Narrador: Entonces los otros se acercaron, echaron mano a Jesús y lo arrestaron. En eso, uno de los que estaban con Jesús sacó su espada y le cortó una oreja al criado del sumo sacerdote. Jesús le dijo:

Jesús: —Guarda tu espada en su lugar. Porque todos los que pelean con la espada, también a espada morirán. ¿No sabes que yo podría rogarle a mi Padre, y él me mandaría ahora mismo más de doce ejércitos de ángeles? Pero en ese caso, ¿cómo se cumplirían las Escrituras, que dicen que debe suceder así?

Narrador: En seguida Jesús preguntó a la gente:

Jesús: —¿Por qué han venido ustedes con espadas y con palos a arrestarme, como si yo fuera un bandido? Todos los días he estado enseñando en el templo, y nunca me arrestaron. Pero todo esto sucede para que se cumpla lo que dijeron los profetas en las Escrituras.

Narrador: En aquel momento, todos los discípulos dejaron solo a Jesús y huyeron. Los que habían arrestado a Jesús lo llevaron a la casa de Caifás, el sumo sacerdote, donde los maestros de la ley y los ancianos estaban

reunidos. Pedro lo siguió de lejos hasta el patio de la casa del sumo sacerdote. Entró, y se quedó sentado con los guardianes del templo, para ver en qué terminaría todo aquello. Los jefes de los sacerdotes y toda la Junta Suprema buscaban alguna prueba falsa para condenar a muerte a Jesús, pero no la encontraron, a pesar de que muchas personas se presentaron y lo acusaron falsamente. Por fin se presentaron dos más, que afirmaron:

Testigo: —Este hombre dijo: "Yo puedo destruir el templo de Dios y volver a levantarlo en tres días."

Narrador: Entonces el sumo sacerdote se levantó y preguntó a Jesús:

Caifás: —¿No contestas nada? ¿Qué es esto que están diciendo contra ti?

Narrador: Pero Jesús se quedó callado. El sumo sacerdote le dijo:

Caifás: —En el nombre del Dios viviente te ordeno que digas la verdad. Dinos si tú eres el Mesías, el Hijo de Dios.

Narrador: Jesús le contestó:

Jesús: —Tú lo has dicho. Y yo les digo también que ustedes van a ver al Hijo del hombre sentado a la derecha del Todopoderoso, y viniendo en las nubes del cielo.

Narrador: Entonces el sumo sacerdote se rasgó las ropas en señal de indignación, y dijo:

Caifás: —¡Las palabras de este hombre son una ofensa contra Dios! ¿Qué necesidad tenemos de más testigos? Ustedes han oído sus palabras ofensivas; ¿qué les parece?

Narrador: Ellos contestaron:

Anciano: —Es culpable, y debe morir.

Narrador: Entonces le escupieron en la cara y lo golpearon. Otros le pegaron en la cara, diciéndole:

Anciano: —Tú que eres el Mesías, ¡adivina quién te pegó!

Narrador: Pedro, entre tanto, estaba sentado afuera, en el patio. En esto, una sirvienta se le acercó y le dijo:

Sirvienta 1: —Tú también andabas con Jesús, el de Galilea.

Narrador: Pero Pedro lo negó delante de todos, diciendo:

Pedro: —No sé de qué estás hablando.

Narrador: Luego se fue a la puerta, donde otra lo vio y dijo a los demás:

Sirvienta 2: —Ése andaba con Jesús, el de Nazaret.

Narrador: De nuevo Pedro lo negó, jurando:

Pedro: —¡No conozco a ese hombre!

Narrador: Poco después, los que estaban allí se acercaron a Pedro y le dijeron:

Espectador 1: —Seguro que tú también eres uno de ellos. Hasta en tu manera de hablar se te nota.

Narrador: Entonces él comenzó a jurar y perjurar, diciendo:

Pedro: —¡No conozco a ese hombre!

Narrador: En aquel mismo momento cantó un gallo, y Pedro se acordó de que Jesús le había dicho: «Antes que cante el gallo, me negarás tres veces.» Y salió Pedro de allí, y lloró amargamente. Cuando amaneció, todos los jefes de los sacerdotes y los ancianos de los judíos se pusieron de acuerdo en un plan para matar a Jesús. Lo llevaron atado y se lo entregaron a Pilato, el gobernador romano. Judas, el que había traicionado a Jesús, al ver que lo habían condenado, tuvo remordimientos y devolvió las treinta monedas de plata a los jefes de los sacerdotes y a los ancianos, diciéndoles:

Judas: —He pecado entregando a la muerte a un hombre inocente.

Narrador: Pero ellos le contestaron:

Sacerdote: —¿Y eso qué nos importa a nosotros? ¡Eso es cosa tuya!

Narrador: Entonces Judas arrojó las monedas en el templo, y fue y se ahorcó. Los jefes de los sacerdotes recogieron aquel dinero, y dijeron:

Sacerdote: —Este dinero está manchado de sangre; no podemos ponerlo en el cofre de las ofrendas.

Narrador: Así que tomaron el acuerdo de comprar con él un terreno llamado el Campo del Alfarero, para tener un lugar donde enterrar a los extranjeros. Por eso, aquel terreno se llama hasta el día de hoy Campo de Sangre. Así se cumplió lo que había dicho el profeta Jeremías: «Tomaron las treinta monedas de plata, el precio que los israelitas le habían puesto, y con ellas compraron el campo del alfarero, tal como me lo ordenó el Señor.»

Narrador: Jesús fue llevado ante el gobernador, que le preguntó:

Pilato: —¿Eres tú el Rey de los judíos?

Jesús: —Tú lo has dicho

Narrador: —contestó Jesús. Mientras los jefes de los sacerdotes y los ancianos lo acusaban, Jesús no respondía nada. Por eso Pilato le preguntó:

Pilato: —¿No oyes todo lo que están diciendo contra ti?

Narrador: Pero Jesús no le contestó ni una sola palabra; de manera que el

gobernador se quedó muy extrañado. Durante la fiesta, el gobernador acostumbraba dejar libre un preso, el que la gente escogiera. Había entonces un preso famoso llamado Jesús Barrabás; y estando ellos reunidos, Pilato les preguntó:

Pilato: —¿A quién quieren ustedes que les ponga en libertad: a Jesús Barrabás, o a Jesús, el que llaman el Mesías?

Narrador: Porque se había dado cuenta de que lo habían entregado por envidia. Mientras Pilato estaba sentado en el tribunal, su esposa mandó a decirle: «No te metas con ese hombre justo, porque anoche tuve un sueño horrible por causa suya.»
Pero los jefes de los sacerdotes y los ancianos convencieron a la multitud de que pidiera la libertad de Barrabás y la muerte de Jesús. El gobernador les preguntó otra vez:

Pilato: —¿A cuál de los dos quieren ustedes que les ponga en libertad?

Narrador: Ellos dijeron:

Pueblo: —¡A Barrabás!

Narrador: Pilato les preguntó:

Pilato: —¿Y qué voy a hacer con Jesús, el que llaman el Mesías?

Narrador: Todos contestaron:

Pueblo: —¡Crucifícalo!

Narrador: Pilato les dijo:

Pilato: —Pues ¿qué mal ha hecho?

Narrador: Pero ellos volvieron a gritar:

Pueblo: —¡Crucifícalo!

Narrador: Cuando Pilato vio que no conseguía nada, sino que el alboroto era cada vez mayor, mandó traer agua y se lavó las manos delante de todos, diciendo:

Pilato: —Yo no soy responsable de la muerte de este hombre; es cosa de ustedes.

Narrador: Toda la gente contestó:

Pueblo: —¡Nosotros y nuestros hijos nos hacemos responsables de su muerte!

Narrador: Entonces Pilato dejó libre a Barrabás; luego mandó azotar a Jesús y lo entregó para que lo crucificaran. Los soldados del gobernador llevaron a Jesús al palacio y reunieron toda la tropa alrededor de él. Le quitaron su ropa, lo vistieron con una capa roja y le pusieron en la cabeza una corona

tejida de espinas y una vara en la mano derecha. Luego se arrodillaron delante de él, y burlándose le decían:

Soldado: —¡Viva el Rey de los judíos!

Narrador: También lo escupían, y con la misma vara le golpeaban la cabeza. Después de burlarse así de él, le quitaron la capa roja, le pusieron su propia ropa y se lo llevaron para crucificarlo. Al salir de allí, encontraron a un hombre llamado Simón, natural de Cirene, a quien obligaron a cargar con la cruz de Jesús.

Todos de pie.

Narrador: Cuando llegaron a un sitio llamado Gólgota, (es decir, «Lugar de la Calavera»), le dieron a beber vino mezclado con hiel; pero Jesús, después de probarlo, no lo quiso beber. Cuando ya lo habían crucificado, los soldados echaron suertes para repartirse entre sí la ropa de Jesús. Luego se sentaron allí para vigilarlo. Y por encima de su cabeza pusieron un letrero, donde estaba escrita la causa de su condena. El letrero decía: «Éste es Jesús, el Rey de los judíos.» También fueron crucificados con él dos bandidos, uno a su derecha y otro a su izquierda. Los que pasaban lo insultaban, meneando la cabeza y diciendo:

Espectador 1: —¡Tú ibas a derribar el templo y a reconstruirlo en tres días!

Espectador 2: —¡Si eres Hijo de Dios, sálvate a ti mismo y bájate de la cruz!

Narrador: De la misma manera se burlaban de él los jefes de los sacerdotes y los maestros de la ley, junto con los ancianos. Decían:

Sacerdote: —Salvó a otros, pero a sí mismo no puede salvarse. Es el Rey de Israel: ¡pues que baje de la cruz, y creeremos en él! Ha puesto su confianza en Dios: ¡pues que Dios lo salve ahora, si de veras lo quiere! ¿No nos ha dicho que es Hijo de Dios?

Narrador: Y hasta los bandidos que estaban crucificados con él, lo insultaban. Desde el mediodía y hasta las tres de la tarde, toda la tierra quedó en oscuridad. A esa misma hora, Jesús gritó con fuerza:

Jesús: «Elí, Elí, ¿lemá sabactani?» («Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»)

Narrador: Algunos de los que estaban allí, lo oyeron y dijeron:

Espectador 1: —Éste está llamando al profeta Elías.

Narrador: Al momento, uno de ellos fue corriendo en busca de una esponja, la empapó en vino agrio, la ató a una caña y se la acercó para que bebiera. Pero los otros dijeron:

Espectador 2: —Déjalo, a ver si Elías viene a salvarlo.

Narrador: Jesús dio otra vez un fuerte grito, y murió.

Se puede guardar silencio.

Narrador: En aquel momento el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo. La tierra tembló, las rocas se partieron y los sepulcros se abrieron; y hasta muchas personas santas, que habían muerto, volvieron a la vida. Entonces salieron de sus tumbas, después de la resurrección de Jesús, y entraron en la santa ciudad de Jerusalén, donde mucha gente los vio. Cuando el capitán y los que estaban con él vigilando a Jesús vieron el terremoto y todo lo que estaba pasando, se llenaron de miedo y dijeron:

Capitán: —¡De veras este hombre era Hijo de Dios!

Narrador: Estaban allí, mirando de lejos, muchas mujeres que habían seguido a Jesús desde Galilea y que lo habían ayudado. Entre ellas se encontraban María Magdalena, María la madre de Santiago y de José, y la madre de los hijos de Zebedeo. Cuando ya anochecía, llegó un hombre rico llamado José, natural de Arimatea, que también se había hecho seguidor de Jesús. José fue a ver a Pilato y le pidió el cuerpo de Jesús. Pilato ordenó que se lo dieran, y José tomó el cuerpo, lo envolvió en una sábana de lino limpia y lo puso en un sepulcro nuevo, de su propiedad, que había hecho cavar en la roca. Después de tapar la entrada del sepulcro con una gran piedra, se fue. Pero María Magdalena y la otra María se quedaron sentadas frente al sepulcro. Al día siguiente, es decir, el sábado, los jefes de los sacerdotes y los fariseos fueron juntos a ver a Pilato, y le dijeron:

Sacerdote: —Señor, recordamos que aquel mentiroso, cuando aún vivía, dijo que después de tres días iba a resucitar. Por eso, mande usted asegurar el sepulcro hasta el tercer día, no sea que vengan sus discípulos y roben el cuerpo, y después digan a la gente que ha resucitado. En tal caso, la última mentira sería peor que la primera.

Narrador: Pilato les dijo:

Pilato: —Ahí tienen ustedes soldados de guardia. Vayan y aseguren el sepulcro lo mejor que puedan.

Narrador: Fueron, pues, y aseguraron el sepulcro poniendo un sello sobre la piedra que lo tapaba; y dejaron allí los soldados de guardia.

El Evangelio del Señor.
Te alabamos, Cristo Señor.

La Oración del Padre Nuestro:

Despedida:

Vayamos en Paz **Demos Gracias a Dios**

Terminamos en silencio meditando en los acontecimientos de la Pasión del Señor aplicados a los acontecimientos de nuestra vida de hoy.